

Pedrícese el mundo (extracto)

Ismael Rodríguez Laguna

Todos los personajes que aparecen en esta obra son ficticios. Tampoco los nombres y mote de los personajes fueron escogidos para hacer referencia a ninguna persona real. ¿Eres una de las miles de personas que se llaman Pedro Martínez en todo el mundo? Pues lo siento, pero no lo escogí por ti... a no ser que alguna vez hayas viajado a otro sistema solar, claro. Simplemente sonaba bien y necesitaba una P. ¿Te llamas Hermano 27351? Pues no, tampoco es por ti. Pero pide explicaciones a tus padres.

PREFACIO

Bienvenido a una historia singular. Más que a una historia singular, sea usted bienvenido a un mundo singular.

Al presentarle dicho mundo le haré, implícitamente, la siguiente pregunta: ¿Qué tal sería estar en ese mundo?

Su primera reacción será, probablemente, la de sonreírse. Se trata de un mundo tan ridículo y absurdo que dicha reacción sería la más normal.

Unas páginas más adelante, cuando haya comenzado a adentrarse en la trama que le planteo, vuelva a preguntarse: ¿Qué tal sería estar en ese mundo?

Esta vez su diversión se tornará en preocupación. Las consecuencias de la singularidad de ese mundo son, en cierto sentido, inquietantes.

Y unas páginas después, cuando la historia que le planteo se haya desplegado completamente ante usted, por favor vuelva a preguntarse: ¿Qué tal sería estar en ese mundo?

Quizá lo que sienta entonces sea cierto pavor. El mundo que en su momento le hizo sonreír le parecerá, en aquel momento, un lugar terrible y cruel.

Para terminar, cuando estas páginas

estén finalizando, pregúntese por última vez: ¿Qué tal sería estar en ese mundo?

Entonces comprobará que la peculiaridad del mundo singular trasciende lo horrible hasta llegar, extrañamente, a lo divino. Percibirá un mundo en el que un individuo cualquiera (cualquiera en el sentido más literal) puede morir y resucitar, destruir el mundo y reconstruirlo, ser el bien y el mal a la vez, y todo ello siendo terriblemente mundano, humillantemente anónimo, vulgarmente conforme a la razón.

Pero antes de presentarle dicho mundo, comenzaremos la historia conociendo un mundo normal. Algo soez y vulgar, salpicado de adolescencia histriónica, pero normal. Puede que al principio no comprenda qué pudiera tener que ver dicho mundo normal con un mundo supuestamente singular. No obstante, puede creerme, cada detalle de este mundo normal será determinante en el mundo singular que conocerá después. En muchos casos, determinante hasta un nivel bochornoso y esperpéntico.

Bienvenido al mundo singular. Sólo espero y deseo que nunca le toque estar en él.

CAPÍTULO I

1

—Hey, ¡pásame esos mocos! —dijo Zum, mientras se apartaba las greñas de la cara con la mano—. Notó que sus dedos estaban pegajosos, y se los limpió con el pantalón.

—Ssshpera —respondió Tarao, pegando una última calada. Hizo una mueca, y cerró los ojos en un reflejo— joooder como tira.

Tarao miró al resto de los presentes con una sonrisa entre burlona e idiota. Ya nadie recordaba si tenía los ojos pequeños de nacimiento o se le habían quedado así a base de mostrarse ido con tanta frecuencia. Después de lo que le había costado encender la húmeda y pastosa mezcla, no permitiría que nadie le quitara el placer de echar la primera calada con calma. Solía disfrutar permitiendo que los olores de lo que se fumaba impregnaran su camiseta preferida, que rara vez se quitaba. Se trataba de una camiseta negra sobre la que había impreso una foto que había encontrado en Internet. La foto

mostraba un hombre de edad avanzada con los sesos reventados y con una pistola en la mano con la que se acababa de suicidar. Tarao solía insistir en que la foto era auténtica. En un lateral de la camiseta, bajo el brazo derecho, había pegadas cuatro chapas de cerveza de la marca del supermercado AhorraPlus. Él decía que se pegaba una chapa por cada uno de los éxitos que alcanzaba en su vida. Tenía cuatro chapas: tres se debían a los tres tripis que se había tomado alguna vez, y la cuarta se debía al momento en que, durante una aglomeración en el metro, consiguió tocar una teta con la palma de la mano extendida.

—Venga, te toca —intervino Fideuá.

La ceja izquierda de Fideuá comenzó a moverse compulsivamente, como cada vez que se encontraba ansioso o nervioso. El mote de Fideuá se debía a que Paella no describía del todo las protuberancias de su rostro. Para cubrir su faz pintoresca y mostrar un aspecto más varonil, se había dejado crecer la barba durante los últimos cuatro meses. El resultado era una desigual pelusa de pelos dispersos puestos en punta. Algunos de ellos se insertaban en la carne del mentón a modo de folículo, que junto a la grasa de la frente solía crear un cierto aspecto grimoso. Durante el principio de la adolescencia, Fideuá había estado acomplejado por el crecimiento desigual de sus dos brazos, si bien este problema se había reparado casi por completo durante los últimos años. Las burlas recibidas habían provocado en él un carácter rencoroso y vengativo hacia cualquiera que le ofendía. Su incipiente carácter misógino era recordado por los populares moles con los que bautizaba a las chicas de su clase que le habían despreciado, los cuales habían tenido un gran éxito para infortunio de éstas: Estropajo, Relleno y Pez Globo le estarían eternamente agradecidas.

—No sé como podéis fumaros eso —intervino Mos.

Mos acostumbraba a mostrarse como un excéntrico paladín en contra de los vicios de moda y las drogas en general (salvo la bebida). Ni fumaba ni esnifaba, y siempre reprobaba estos comportamientos en otros. Ya nadie recordaba si su mote procedía de *mosqueao* o de *vamos a otro sitio*, debido a su aversión por las aglomeraciones. No obstante, su aspecto y

su comportamiento tenían cierto punto de siniestro sociópata. Rapado al cero salvo el mechón de pelo que le colgaba del cogote, solía pasar las horas muertas buscando en Internet maneras de construir un explosivo casero, y confesaba haberse masturbado imaginando cómo explotaba el instituto. Tras su impoluto comportamiento callado y formal y sus habituales buenas notas, a veces, de repente y sin venir a cuento, sorprendía a todos delatando sus extrañas habilidades, como la de alcanzarse el pene con la boca (no probada públicamente) o la de explotarse las espinillas con unos alicates y disfrutar con el dolor provocado (sí probada).

—¡Joder, como pega! —intervino Tarao, elevando extasiado sus ojos hacia el techo.

—¡Qué panda de pringaos! —dijo Mos, mientras meneaba la cabeza—. Os creéis todas las paridas que dice el Chinas...

—¡Te digo que pega! —replicó Tarao. Entrecerró los ojos y sonrió con gesto ido. Con la boca muy abierta, como preparado a decir o, espiró los gases de la extraña mezcla que él mismo había preparado. El olor era fundamentalmente de tabaco, si bien contenía un nuevo matiz algo repulsivo que recordaba al de las flemas.

Mos frunció el entrecejo.

—Los bulldog *no* proceden de Australia, así que los aborígenes australianos nunca los criaron para fumarse sus mo...

—¡Tooooooma! —interrumpió Fideuá cerrando el puño. Los dados ante él mostraban un 99. El tic de la ceja se aceleró visiblemente.

Tras echar un último vistazo de asco al porro de mocos, Mos volvió a centrarse en la partida. Fideuá bebió un largo trago de su vaso de whisky con ColaPlus. Observó que el vaso había dejado un redondel húmedo sobre la mesa y se encogió de hombros. Esto irritó a Zum, que estiró la camiseta de Fideuá hasta la mancha y la restregó con fuerza. Cuando Fideuá se disponía a protestar, Mos intervino.

—A ver... doble destrucción craneal por aplastamiento —dijo mientras leía lentamente de una tabla. Solía retrasar sus veredictos para disfrutar algo más de sus diez segundos de gloria. Durante las partidas, su posición de árbitro le daba una cierta sensación de poder que le satisfacía enormemente. Observaba con

una mezcla de orgullo y desprecio la expectación con la que los demás esperaban sus palabras. "Así deberían obedecerme todos los lamentables seres de este puto mundo", pensaba secretamente. Por fin intervino—. Las vísceras te salpican, y son venenosas. Debes buscar un antídoto antes de 24 horas.

—¡¿Qué mierdas dices!?! —exclamó Fideuá mientras golpeaba el tablero violentamente con su puño. Se le marcaba una vena junto a la frente— ¡Un 99! ¡Una tirada de puta madre y me vienes con eso! ¡Si deberías darme 100 puntos de experiencia por esto!

—Hey, a lo mejor el veneno te quita los granos, tío —respondió Mos con sorna mientras hacía unas anotaciones en un papel. Después quitó un muñeco verde con una espada del tablero.

Fideuá se levantó de la silla, y se dispuso a decir algo. Apretó los dientes, lanzó una mirada recelosa a Mos, y se volvió a sentar en la silla. Mientras miraba para abajo, hacia la mesa, murmuraba en voz baja frases que sólo él entendía.

—Bueno, Tarao, ¿tú qué haces? —dijo Mos mientras sonreía. Entonces hizo una mueca de rechazo— Jodeeeeer. Deja esa revista de una puta vez....

—¡Diooos! ¡Qué tetas! —gritó Tarao sin levantar la vista de la revista— ¡Mejores que las de la Rocío! Aunque no sé si esta tira tanto... —añadió. Entonces trató de pasar de página. Las dos páginas siguientes estaban pegadas.

—Tío, deja de pasarte con Rocío... —intervino Zum bajando la voz y mirando al suelo.

—¡El Paco dice que le ha dicho el Rob que no tiene límite...! —dijo Tarao, mientras desistía de su intento de despegar las páginas de la revista.

—Joder con el Rob, qué potra... Desde que tiene moto no para. Puto chulo de mierda, ni se lo cree... —opinó Fideuá. Zum puso una cara de desagrado. Se hizo el silencio.

—Joder, Zum, no te lo tomes así... —intervino Tarao— Si la pillaras no tendrías ni para... —pasó a sonreír. Mientras se atragantaba con un amago de risa, continuó— ¿20 segundos?

Hubo risas generalizadas.

—¡¡¡¡Zzzzzzzzum!!! —intervino Fideuá mientras agitaba su mano ostensiblemente con el puño cerrado, para terminar elevándola y abriendo todos los dedos a la vez— No, hombre, no... Todavía no sabemos cómo reaccionará en *compañía*... Mmmm... ¿10 segundos?

Más risas.

—Venga, hombre, no te pongas así y trae más whisky... —terció Tarao.

—¡Que no, joder! ¡Que mi vieja lo va a notar! Ya ha bajado a la mitad —dijo mientras señalaba la botella a la altura de la etiqueta.

—Bueno, será más bien su novio el que se dará cuenta... —dijo Tarao.

Todos callaron y permanecieron inmóviles. Zum miró a Tarao con desprecio.

—Muuuy bocazas. Te va a volver a contar algo tu puta abuela. Venga, piraos todos —señaló con el dedo la puerta de su cuarto.

—Joder, no es para... —intervino Mos. Entonces observó el gesto grave de Zum y se levantó de la silla mientras ponía la mano en el hombro de Tarao— venga chicos, vámonos.

Fideuá tomó una última calada al porro y se levantó. Recogieron sus cosas y salieron de la habitación. Zum les acompañó a la puerta del piso. Apareció Charlie, y corrió a ponerse a dos patas sobre Fideuá.

—Mira, Fide, a lo mejor quiere tu pus. Es un trato justo —dijo Mos.

Tarao abrió la puerta y los tres salieron por ella. Zum se les quedó mirando mientras entraban en el ascensor.

—Hasta mañana, Zum.

—Hasta mañana —respondió Pedro.

Se quedó unos segundos pensativo. Justo cuando se disponía a cerrar la puerta, algo le llamó la atención. Por debajo de la puerta del vecino de enfrente salía una extraña luz azulada. Se estremeció.

Enfrente vivía Gómez, un pirado de verdad, no un amago de tarado como Tarao. Se trataba de un tipo de 150 kilos de carne que siempre entraba en su casa con bolsas llenas de yogures y cajas de clips pisapapeles. Al poco de entrar, siempre se oía RadioLé en toda la escalera. Hacía algún tiempo, Zum observó

una extraña escena desde el balcón de su casa. Gómez salió muy excitado del portal y comenzó a gritar: “¡No estamos solos! ¡Hay otros seres en el universo! ¡No estamos solos! ¡No estamos solos!” La gente que pasaba por la calle le ignoraba. Él siguió gritando lo mismo durante un rato. Al observar que nadie reaccionaba a sus palabras, redujo el volumen de su potente voz, hasta que finalmente se calló por completo. Entonces un tipo le tiró unas monedas. Gómez miró las monedas y luego al que las había tirado, incrédulo. Éste continuó su camino, impasible. Gómez agachó su pesado cuerpo, cogió las monedas, y cabizbajo se volvió a meter en el portal. En realidad, Zum no sabía si sentía miedo o pena por aquel hombretón.

De repente, la puerta de la casa de Gómez se abrió. Surgiendo desde la penumbra, Gómez se adentró en el descansillo con sus movimientos pesados. Zum se volvió como un resorte e hizo un movimiento rápido para cerrar la puerta y evitar saludarle.

—¡Chaval, espera! ¿Te llamas Pedro, no? ¡Espera!

Zum hizo una mueca de dolor mientras apretaba los dientes. Después trató de aparentar normalidad y volvió a abrir la puerta.

—¿Sííí...? —respondió en un susurro.

—¡Chaval! ¿Te gustaría ir a *a Cas*? Está en... bueno... —paró durante un instante, y después añadió— forma parte de... Casiopea...

Zum frunció el entrecejo y cerró la puerta de un portazo.

—¡Es una estrella! ¿no... no quieres? Bueno, seguiré buscando... seguiré... —oyó tras la puerta. Después oyó unos pasos pesados y el sonido de la puerta del vecino al cerrarse.

Dentro de una hora llegaría su madre.

Volvió a su cuarto y cogió el cenicero sobre su cama. Observó que había cenizas sobre la colcha de *Anikilation IV: La venganza de Dogfucker* que le regaló su abuela por aprobar cinco. Las quitó de un manotazo. Vio que había un agujero a la altura del brazo biónico de Anikilator.

—Qué pedazo de cabrones.

Miró el resto de la habitación. Tenía que darse prisa en recoger.

Zum se concentraba en la imagen de la pantalla mientras ejercitaba su mano. Su madre golpeó la puerta de la habitación. Zum se apresuró a cerrar un par de ventanas mientras se enfundaba a toda velocidad.

—Pedro, me voy, que he quedado. Te dejo cena para calentar en la cocina —dijo su madre al entrar.

Zum observó a su madre muy maquillada y torció el gesto.

—Mamá, tienes que limpiar un poco —dijo Zum en todo reprobatorio, señalando las pelusas del suelo.

Su madre miró el suelo.

—Sí, cariño... Bueno, me voy —respondió distraída—. Ah, y ventila un poco la habitación, que huele a tigre.

—Sí...

Su madre salió y cerró la puerta. Después Zum oyó cómo se cerraba la puerta de la casa con llave. Como tantas veces, volvía a quedarse solo en casa. En aquellos momentos, Pedro solía recordar lo que le gustaba no tener hermanos. Siempre había pensado que odiaría tener a su lado a un bicho en miniatura igual que él que le imitara en todo. Le gustaba estar solo, como estaba. Bueno, solo con su madre.

Pedro volvió a mirar la pantalla, pero decidió que se había desconcentrado. Entonces encendió la tele de su cuarto. Echaban *Gran Primo*. Tras un buen rato en que no ocurrió nada interesante, sintió aburrimiento, recogió unos auriculares del suelo y se los puso. Pulsó play. Comenzó a sonar *Pus Day*, su grupo preferido. “*Tenía la edad del pavo y venía a comerle el rabo...*”, rezaba la letra de la canción. Extasiado, Zum se puso de pie y se puso a pegar botes mientras meneaba sus greñas hacia delante y hacia atrás. Mientras lo hacía, la caspa caía de su cabeza, lo que le daba el aspecto de un árbol de navidad. Tras la frase “*La había dejado rota, y entonces... Eché la pota ¡¡¡pota, pota, pota!!!*”, comenzaba el solo de guitarra. Zum comenzó a menear su mano como si tocara la guitarra, mientras ponía posturas forzadas. Entonces, surgió en el monitor del ordenador una nueva ventana. Zum se acercó y comprobó que contenía un mensaje instantáneo de Mos.

Mos le pedía que le ayudara a propagar por correo electrónico un nuevo bulo que se acababa de inventar. Zum recordó el último de los bulos que había iniciado Mos. Éste advertía del peligro que se corría si se pulsaba el botón de “planta baja” de los ascensores durante más de tres segundos seguidos. Según los testimonios aportados por ciertas instituciones inventadas, esto podía provocar que el ascensor se descolgara al vacío por culpa de cierto defecto de fabricación. Un anciano y una embarazada de cierta ciudad inexistente de USA habían muerto de esa manera cayendo de un quinto y séptimo piso respectivamente. El correo finalizaba recomendando el reenvío a las personas más queridas por su propia seguridad. El día que Mos recibió ese mismo correo de un primo suyo fue uno de los días más felices de su vida. Según él mismo dijo en su habitual tono recargado, “había conseguido demostrar que la patética imbecilidad humana la hacía indigna de la existencia”.

Al otro lado del canal, Mos se afanaba en explicar su nuevo bulo. Transmitiría el mensaje de que, si se introducen diez monedas de un euro en una máquina de refrescos, entonces ésta devuelve once. Al leer la idea, Zum se rió a grandes carcajadas y añadió que, si el bulo se transmitía, beberían a cuenta del crédito acumulado por los pardillos durante meses. Mientras Zum reenviaba el correo escrito por Mos a toda su lista de contactos, se maravillaba de lo fácil que resultaba manipular a la gente, al menos cuando se contaba con un plan adecuado. Después Mos se despidió y cortó la comunicación.

Zum dirigió su mirada a la tele. En *Gran Primo* había llegado el momento de la *expulsión* de un participante. Zum se tumbó en la cama para verlo. Los cuatro participantes que quedaban eran la *cyborg*, apodada así por la audiencia porque todas las partes de su cuerpo eran artificiales, el *aspirante*, llamado así porque era capaz de aspirar cualquier cosa por la nariz y, como novedad de la presente edición, los dos concursantes no humanos, la cabra y el canto rodado. Mientras la presentadora hablaba de sociología, aparecía un mensaje bajo la pantalla que decía “*Manda ‘Soy imbecil’ al 7577. Recuerda, ‘Soy imbecil’ al 7577*”. Finalmente, la presentadora anunció que, debido a los mensajes recibidos al 7577,

abandonaría la casa la cyborg. Ésta, llorando, dio un beso al aspirante, a la cabra y a la piedra, y salió de la casa. Entonces el aspirante, único superviviente humano, se sentó en un sillón mientras la cabra salía al jardín a seguir comiéndose la hierba y la piedra no hacía nada de nada. La votación del público había aclamado a la piedra como favorita. El aspirante se puso a reflexionar solo y en voz alta sobre el hecho de que el Gran Primo perfecto consistiría en una casa que contuviera diez copias de sí mismo. Zum imaginó que, entonces, Gran Primo parecería más bien una narcosala. “Menudo infierno”, pensó Zum, mientras se estremecía.

Entonces surgió por la ventana del dormitorio una luz azulada y se oyó una explosión. Zum se levantó sobresaltado y miró por la ventana al patio interior. El ruido procedía del piso de enfrente, el de Gómez. Zum oyó a Gómez gritar “¡Joder! ¡Los clips estaban mal colocados...! Vale... Ya sé cómo solucionarlo...” Después se hizo el silencio de nuevo.

Zum se estremeció. Tras unos segundos de inquietud volvió a tumbarse en la cama. Aburrido, se dirigió de nuevo hacia el ordenador.

3

Zum tomaba pipas compulsivamente mientras contemplaba absorto la pequeña televisión que se encaramaba a gran altura, cerca del techo del bar. Saque de banda.

—Joder, ¿es necesario que llevéis puestas las bufandas incluso aquí dentro? Con el calor que hace en este puto bar... —protestó Mos, que no podía ocultar su aburrimiento.

Tarao miró a Mos con indignación y besó su bufanda del Real Fútbol Club. Mientras Zum y Fideuá le imitaban, Tarao observó que su bufanda estaba empapada y olía a cerveza, posiblemente debido a pequeños derrames anteriores. Al ver que su jarra estaba vacía, se volvió a acercar la bufanda a la boca y, fingiendo volver a besarla, la chupó. El camarero se acercó.

—Chicos, tenéis que consumir algo más. No podéis quedaros a todo el partido con una sola consumición.

Todos se miraron. Tarao seguía chupando su bufanda. Al final, Fideuá habló.

—Vale, luego pediremos algo. Por favor, ¿podría traerme ahora un vaso de agua?

El camarero frunció el ceño y se dio la vuelta. Los demás se sonrieron. Entonces el árbitro pitó penalty a favor del RFC. Fideuá, Tarao y Zum pegaron un bote en sus asientos y comenzaron a gritar.

—¡Metedlo, por Dios! —gritó Zum a la pantalla mientras se tragaba una pipa.

Mos, aburrido, pensó que eso le daba un tema de conversación.

—¿Creéis en Dios? —preguntó.

Todos le miraron con el habitual gesto de *¿a qué viene esto, Mos?* Luego le ignoraron. Al comprobar que el lanzamiento del penalty se demoraba porque un jugador estaba siendo atendido, quizá con el objetivo de que una cámara tomara un plano corto de sus zapatillas patrocinadas, Zum respondió.

—Bueno, yo más bien no...

El camarero trajo el vaso de agua que había pedido Fideuá. Éste se lo bebió de un trago. Después, echó un vistazo furtivo hacia atrás, se sacó sigilosamente una petaca del bolsillo y vertió su contenido en el vaso. El nuevo líquido también era transparente, pero su olor delataba su contenido alcohólico.

—¿Cuál es tu motivo para no creer? —preguntó Mos a Zum.

—Bueno... —respondió Zum, pensativo— Si hubiera cielo, ¿qué equipo ganaría la liga? Si se deben cumplir mis deseos, ganaría el Real Fútbol Club, pero otro tío podría querer que ganara el Fútbol Real Club, y, bueno, no podrían ganar los dos a la vez... El mundo perfecto de ambos sería incompatible...

Mos frunció el ceño. Decepcionado por la profundidad del argumento, se puso a mirar al techo. Al poco rato intervino Fideuá.

—Bueno, cada uno podría tener su propio cielo —dijo—. Quiero decir, tú podrías ir a un cielo a tu medida en el que ganaría el Real Fútbol Club, y un tío del Fútbol Real Club iría a otro cielo en el que ganaría el Fútbol Real Club...

En ese momento, Zurunho, reciente fichaje del Real Fútbol Club, lanzó el penalty y

marcó. El bar se convirtió en un mar de gritos. Tras gritar "Gol", Zum aprovechó el estruendo para lanzar un estrepitoso y prolongado eructo que pasó desapercibido más allá de su mesa. Tarao rió sonoramente y trató de imitarle, pero no estuvo a la altura. Al final, los gritos de celebración se apagaron.

—Ya sabéis, comer pipas me da gases —dijo Zum en un susurro.

En ese momento, el camarero apareció junto a la mesa y cogió el vaso de Fideuá. Lo olió.

—Fuera de aquí y no volváis —incredó con gesto grave.

Los cuatro se levantaron lentamente y salieron del bar.

—Joder, Fide, otro bar al que no podemos volver a ir —dijo Zum una vez que se encontraba fuera—. Cada vez tenemos que irnos más lejos del barrio para ver el fútbol.

Siguieron andando por la acera en silencio. De repente Mos habló.

—Tendríamos que volver a ese bar con un bate de béisbol cada uno y destrozarle las piernas al camarero.

Los demás se quedaron mirándolo con los ojos muy abiertos.

—O, mejor, —añadió mientras apretaba los dientes— debería ser castigado como los dioses castigaron a Prometeo. Cada día, un águila se comería su hígado, pero dejaría el suficiente como para que éste se regenerase hasta el día siguiente. Entonces el águila regresaría para volver a comer su hígado. El castigo se repetiría un día tras otro, sin fin. Todos los días, el hombre volvería a sanar, a resurgir, con el único objetivo de volver a ser castigado.

—Parece que nos ponemos pedantes y psicópatas a partes iguales, Mos —dijo Tarao.

—¡Éste es nuestro Mos! —añadió Fideuá mientras ponía su mano sobre el hombro de Mos.

Se volvió a hacer el silencio. Finalmente, Tarao intervino.

—Bueno, al menos no nos han cobrado las cervezas —dijo mientras sonreía.

Zum volvió a eructar.

4

Mientras Zum sujetaba la bolsa de plástico del súper, Tarao vertió en ella el contenido del cartón de vino. Una vez que el cartón quedó vacío, Tarao hizo una ancha abertura en su parte superior y vertió en él una cierta cantidad de ColaPlus. Acto seguido vertió el contenido de la bolsa de plástico.

—Proporciones perfectas —anunció Zum al probar el contenido del *mini* de cartón improvisado. Tarao sonrió.

—Joder, los vasos de plástico no son tan caros. ¿Cuándo vamos a dejar de hacerlo así? —preguntó Mos. El frío hacía que le saliera vaho de la boca mientras hablaba.

—Yo, es que esta semana estoy pelado... —respondió Fideuá.

Zum pasó el *mini* a Fideuá y éste bebió.

—Qué buenos son Kakakulo y Pedopís —dijo Fideuá.

—¿Te acuerdas del episodio en que hacen el concurso de vómitos? —intervino Tarao con los ojos brillantes. Todos hicieron un gesto de reverencia, salvo Mos que miró hacia otro lado— ¿Recordáis cuando Kakakulo le saca el esófago a Pedopís y se lo conecta al suyo propio, para poder vomitar más y ganar el concurso?

—¡Qué bueno! —admitió Zum con un gesto casi místico.

—Vaya mierdas os tragáis —interrumpió Mos.

—No todos tenemos estómago para tragarnos más de dos páginas de *Nietzsche* —respondió Tarao—. Algunos le dan demasiada importancia a las gilipolleces que les cuentan en clase...

Durante un rato largo, Tarao, Zum y Fideuá rememoraron otros gloriosos momentos de Kakakulo y Pedopís. Algo después Zum comprobó que el contenido del *mini* estaba cercano a agotarse. Entonces tomó una botella de whisky de oferta del suelo y se dispuso a abrirla.

—¿Y decís que regalaban la botella de ColaPlus con el whisky? —preguntó Fideuá a los demás.

—No, me temo que era al revés —respondió Zum.

—Jodeeeeeer...

Zum comprobó con cierto asco que la base de la botella estaba llena de las mismas cáscaras de pipas que se acumulaban en la acera, bajo el banco. Al arrancar la pegatina del sello de los impuestos con las uñas, varios restos del adhesivo se quedaron pegados a los dedos de su mano derecha. Trató de despegarlos con su mano izquierda, pero el resultado fue que ahora algunos de esos restos estaban adheridos a los dedos de su mano izquierda. Nervioso, comenzó a restregarse una mano contra la otra, lo que desembocó en una extraña masa de pedacitos de papel pegajosos y cáscaras de pipas. Ante el patetismo de la escena, Tarao arrancó la bola de adhesivos de la mano de Zum y se desprendió de ella restregando su mano contra el respaldo del banco.

—¡Aaaaatchíííí! —estornudó Fideuá.

—Eso quisiera yo, y no esa mierda de mocos que fumamos —dijo Zum mientras acababa de rellenar el vaso de cartón con whisky. Después se lo pasó a Mos.

—Joder, qué alergia tengo —respondió Fide mientras sacaba un pañuelo—. Y no sé a qué...

—Al polvo no puede ser, ¡porque eso es hereditario y sé bien que tu madre no tiene! —respondió Tarao.

Hubo una carcajada general. Entonces Mos comenzó a analizar el rostro de Fide. Después hizo una mueca de desagrado y añadió:

—Entonces no puede ser hereditario. Sin duda, él sí que tiene alergia al polvo.

Más risas. Entonces Fide miró fijamente la camiseta de Tarao.

—Joder, he de reconocer que tu camiseta es superrealista... —dijo mientras señalaba con el dedo al tipo recién suicidado que aparecía en ella. Tarao sonrió. Entonces Fide respiró hondo y añadió—: Incluso puedo oler desde aquí que el tipo ése no se lavaba mucho.

Las carcajadas se multiplicaron. Mos bebió y le pasó el mini a Zum. Zum lo cogió y se sentó en el banco. Tarao se frotaba las manos por el frío.

—¿No es esa la Rocío?

Todos miraron.

—¡Vamos Zum, dile algo!

—¡Rocíííí! —gritó Fide.

—Rocío se dio la vuelta. Dijo algo a sus amigas y comenzó a acercarse. Zum se estremeció. Pom, pom. Al llegar, dijo:

—Hombre, los cuatro magníficos... —dijo burlona— El sector freak de la clase...

—¿Quieres un poco? —dijo Mos señalándole el mini.

—No gracias, tenemos de sobra —señaló a sus amigas y a un grupo de cinco o seis bolsas que tenían en el suelo.

Se hizo el silencio. Rocío miró a los cuatro, y al ver que nadie decía nada hizo gesto de despedirse.

“Tengo que decir algo...”, pensó Zum. Pom, pom, pom. Zum notó cómo la sangre inundaba su cabeza. Era capaz de notar que su cara se estaba enrojando.

—¿Qui... Quieres un poco? —dijo.

—Rocío le miró con una mueca de extrañeza.

—Acabo de decir...

—“¡Mierda!” “¡¡Mierda!!” Pom, pom, pom, pom.

—Déjale, se le va la olla —intervino Tarao, poniendo la mano en el hombro de Zum.

—Ya... —respondió Rocío— Bueno, me vuelvo con mis amigas —se dio la vuelta y comenzó a andar. De repente, se paró y se volvió— por cierto... ¿de dónde viene el mote de Zum?

Tarao, Mos y Fide se miraron. Al cabo de un par de segundos, rompieron en carcajadas. Rocío les miró con cara de incredulidad. Fide hizo un gesto muy explícito con la mano. Rocío le miró y se dio la vuelta, mientras decía “¡adiós, magníficos!”

Pom, pom, pom, pom, pom, pom. “¡Mierda! ¡¡Mierda!!” pensó Zum mientras dirigía una mirada asesina a los demás. Fide le respondió con un gesto angelical. Mos dijo:

—Mira, ahí llega Rob.

Rob se bajó de la moto y se acercó al grupo de Rocío y sus amigas.

—*Guaaaaaaarraaaa* —susurró Fide en voz baja mientras concentraba su mirada en el culo de Rocío.

—Dame ese mini —respondió Zum, quitándoselo apresuradamente de las manos a Tarao.

Zum pegó un trago muy largo.

5

La llave no entraba en la cerradura. Era un hecho. Zum se paró y se quedó mirando la cerradura con los ojos entreabiertos. Mientras se balanceaba ligeramente, pensó: “Vamos a ver. Esta es la llave. Esta es la cerradura.” Volvió a intentarlo. Esta vez tampoco entró. Se tambaleó.

“Val lo haría con los ojos cerrados.” Zum pensó en su personaje de la partida. *Val Hancín*, mitad elfo, mitad enano, y mitad orco, tenía una bonificación de +45 en la apertura de cerraduras. Pero además, pensó Zum, Val era un tipo fuerte, apuesto y decidido. “+68 en carisma y +78 en presencia.” No había fallado una tirada de “*persuasión y seducción*” en meses. “En cambio yo... ¿qué tendría? ¿Un +15 en mezclar ColaPlus y Tinto Ro en una bolsa de plástico de AhorraPlus?” Cerró los ojos, apretó los dientes, y dio un puñetazo contenido contra la pared.

“Vaya mierda de día. Vaya mierda de ciudad y de planeta.” Se sentó en el suelo con cierta torpeza. La cabeza le daba vueltas. Elevó la mirada, y miró con agrado la luz de la bombilla del techo del descansillo. No conseguía enfocar la vista, y en lugar de ver un punto de luz veía todo un disco amarillo. Entrecerró los ojos y los volvió a abrir del todo. Ahora el disco amarillo estaba cruzado por la mitad por una raya horizontal. Sonrió. “Puedo cambiar todo lo que me rodea con un gesto.” Imaginó el rostro del capullo de Rob y cerró los ojos con fuerza.

En ese momento, Zum oyó algunos sonidos mecánicos procedentes del hueco del ascensor. Al cabo de unos segundos, el ascensor apareció en su planta y su puerta se abrió. Tras la puerta apareció Gómez.

“En el ascensor pone 4 personas ó 300 kilos”, pensó Zum. “No saben de qué hablan.” Zum recordó que, cuando Gómez montaba en

el ascensor, en ocasiones el ascensor se paraba en una planta equivocada. Esto se debía al inusual grosor de sus dedos y a su incapacidad de precisar el botón pulsado. No obstante, esta vez Gómez había acertado.

Zum lanzó una mirada risueña a Gómez. Éste se sorprendió de verle tirado en el suelo. No dijo nada, y se dispuso a abrir la puerta de su casa.

“Vaya mierda”, pensó Zum. “Y ahora aguantar a mi madre. Y mañana la misma mierda.”

—¡Eh! —dijo antes de que Gómez cerrara su puerta— ¡Lléveme lejos de aquí! ¡Usted dice que puede!

“Al menos evitaré a mi madre un rato. Y mañana podré contar a éstos que estuve en casa del chiflado.” Se dio cuenta de que no tenía miedo, sino curiosidad. Gómez volvió a salir al descansillo.

—¿De veras?

Zum asintió con los ojos cerrados. Después trató de ponerse en pie.

6

Pedro se dio cuenta de que se había dormido. Al despertar, estaba sentado en un sofá en la casa de Gómez. Pensó que el salón de Gómez era más normal de lo que se esperaba... salvo por la estructura de yogures vacíos rodeando la habitación y las láminas de alambres hechas por clips colgando del techo. Gómez estaba hablándole. No sabía cuánto tiempo llevaba haciéndolo.

—Al principio pensé que podría ser yo mismo... Pero eso no encajaba en el concepto de *espécimen prototipo*, ya sabes... Me sobra un poco de peso...

Pedro miró hacia otro lado con gesto distraído y trató de aguantar la risa. Entonces se dio cuenta de que su mareo y su incapacidad para enfocar la vista persistían.

—Pero el mensaje era claro —continuó Gómez—. Para escucharlo, bastaba con tomar las palabras que suenan en Radiolé en una posición que sea un número de *Fibonacci*, y después darle un significado numérico a cada una de ellas...

“¿De qué coño habla este tío? Está más pirado de lo que parece...”, pensó Pedro, divertido.

—El mensaje incluía una especie de guía de aprendizaje de su cultura. Ésta comenzaba mostrando su sistema lógico-matemático. Concretamente, mostraba la notación de sus matemáticas a partir de sencillos dibujos de ejemplo de cuentas y operaciones básicas —añadió. Entonces Gómez levantó una ceja mientras elevaba la vista—. Es curioso, pues las figuras que se mostraban en esos ejemplos de aprendizaje resultaban ridículamente grotescas a los ojos humanos. Espero que ellos mismos no se parezcan a esas cosas... —añadió.

En un intento de imitar el aspecto de aquellas extrañas figuras, Gómez hinchó de aire sus carrillos y bizqueó los ojos. Pedro comenzó a reírse con estrépito.

—¡Jua, jua, jua, jua! ¡Dios, es la cosa más horrible que he visto nunca! —dijo Pedro entre risas. Las carcajadas le provocaron hipo. Cuando pudo volver a hablar, exclamó— ¡Qué pena no haber tenido a mano el móvil para hacerle una foto! —En ese momento, un amago de hipo provocó que el contenido de su estómago subiera repentinamente por su esófago hasta la boca. En el último instante logró contener el vómito cerrando la boca y tragando después el contenido acumulado. Mientras saboreaba el amargor de su boca, volvió a reírse ruidosamente— ¡Joder, yo mismo me hubiera hecho una camiseta con ese careto! —exclamó mientras un pequeño tropezón sólido salía despedido de su boca.

Gómez permaneció callado unos segundos, algo abochornado por la burla de aquel adolescente.

—Bueno, quizá el aspecto de aquellas figuras no fuera exactamente así... —susurró.

Entonces se dio la vuelta para hacer algunos retoques en las hileras de clips. Después se encogió de hombros. No se percató de que los ojos de Pedro se estaban entrecerrando de nuevo.

—Bueno —continuó—, el caso es que a partir de las enseñanzas del mensaje pude aprender su física, y después todo un sencillo idioma que habían creado a propósito para comunicarse con seres de otros mundos... Entonces, por fin, pude comprender la parte

de su mensaje en la que explicaban el cometido final del mismo.

Visiblemente emocionado, Gómez elevó su mirada hacia el techo de la habitación. Comenzó a caminar en círculos por el salón mientras hablaba. Sus poderosas pisotadas parecían acompañar sus palabras como si se tratara de un tambor. Lejos de sentirse contagiado por la excitación de Gómez, Pedro se sintió adormecido por aquellos golpes rítmicos. Ya apenas escuchaba nada de lo que decía Gómez.

—En esencia —continuó Gómez mientras le brillaban los ojos—, ellos proponían un intercambio de conocimientos a quien pudiera escucharles. Según indicaban, dicho intercambio debía llevarse a cabo de una manera muy determinada. Dicha manera consistía en enviar un *individuo* adulto de cada especie al hogar de la otra especie. De esta forma, dicho individuo podría transmitir allí todos los conocimientos de su propia cultura. Desgraciadamente, tal y como ellos mismos confirmaban en su mensaje, no es posible trasladar materia a la velocidad de la luz. Para que el envío de un individuo pudiera hacerse a dicha velocidad, debería llevarse a cabo de una manera diferente. En lugar de materia, aquéllos que deseáramos comunicarnos con ellos deberíamos transmitir *información*. Concretamente, transmitiríamos la posición de cada átomo del individuo a transmitir, de tal forma que toda su estructura física pudiera reconstruirse por completo en el mundo de destino. Así se obtendría en el destino la información necesaria para crear una copia exacta del sujeto transmitido.

Llegado este punto, Pedro había vuelto a dormirse.

Un tiempo indeterminado después, Pedro notó sobresaltado cómo Gómez le tiraba del brazo, mientras decía:

—Bueno chaval, es tu turno. Ya sé que no eres un adulto, pero eres lo mejor que he encontrado. Ponte ahí en medio.

—Agarró a Pedro y le sentó en el centro del salón. Gómez empezó a tirar de las lianas de clips. Después paró y esperó. No ocurrió nada.

—Uy, perdón, no he subido la persiana, y claro... ¿cómo vamos a transmitir luz a la

estrella α Cas si la luz no pasa ni de la persiana...? —dijo mientras tiraba de una correa. Pedro se dio cuenta de que no era una correa, sino una serie de cordones de zapato atados entre sí— Ahora sí... Veamos...

Gómez volvió a tirar de los clips.

Esta vez surgió de los yogures una luz azulada dirigida directamente hacia Pedro. Otro foco de luz se situaba detrás de él, y éste apuntaba hacia la ventana. Entonces, Pedro notó un ligero cosquilleo. Tras unos segundos, las luces se apagaron.

—¡Ahora sí! ¡Ya está!

Pedro miró a Gómez con gesto de incredulidad. Se dio cuenta de que la borrachera se le había pasado.

—Ya está... ¿qué?

—¡Ya estás en α Cas! Bueno, no ahora mismo... Más bien dentro de unos miles de años, cuando esa luz llegue a su destino.

Pedro miró las manchas de grasa en el cristal de la ventana.

—Bueno, y no llegarás tú, sino una copia de ti mismo... tal y como eras mientras te iluminaba la luz azul, hace un momento...

—Pero... ¿qué dice?

—Bueno, ya hemos terminado, así que ya es hora de que te vayas —respondió Gómez mientras agarraba a Pedro. Le levantó y le llevó a empujones a la puerta de la casa. En ese momento, Gómez se paró en seco—. Por cierto, ¿qué te gusta comer? —preguntó.

Pedro se dio la vuelta, extrañado.

—Bueno, da igual... —añadió Gómez antes de que Pedro pudiera abrir la boca.

Gómez dirigió la mirada en dirección a la cocina mientras se rascaba el mentón. Después, como si recordara de repente una importante tarea, volvió a dirigirse a la puerta de casa, la abrió, y dio a Pedro un último y brusco empujón que le sacó del piso.

Pedro se volvió para decir algo, pero en ese momento la puerta se cerró con un portazo. Se quedó mirando la puerta, señalándola con el dedo. Poco a poco bajó la mano, mientras se rascaba la cabeza con la otra.

“Sé que esto parece una frase de mi

madre, pero... ¿me habrán echado algo en el mini?”, pensó mientras fruncía el ceño. Sonrió. “¿Quién será el imbécil que te pone esas cosas sin cobrarte?”

Esta vez atinó a introducir la llave en la cerradura.

7

—Uy, perdón, no he subido la persiana, y claro... ¿cómo vamos a transmitir luz a la estrella α Cas si la luz no pasa ni de la persiana...? —dijo mientras tiraba de una correa. Pedro se dio cuenta de que no era una correa, sino una serie de cordones de zapato atados entre sí—. Ahora sí... Veamos...

Gómez volvió a tirar de los clips.

Esta vez surgió de los yogures una luz azulada dirigida directamente hacia Pedro. Otro foco de luz se situaba detrás de él, y éste apuntaba hacia la ventana. Entonces, Pedro notó un ligero cosquilleo. Tras unos segundos, las luces se apagaron.

De repente, la sala cambió por completo. No había ni rastro de Gómez. Pedro se encontraba solo en el centro de una estructura metálica. Abrió mucho los ojos. Después, también la boca, en un gesto de asombro.

—¡Gordo chiflado! ¡Joder! ¡¡Joder!! ¡Iba en serio! ¡Joder!

Se levantó del suelo y comenzó a observar la sala. Enfrente había un cristal oscuro, y detrás una puerta. El olor era bastante extraño.

—¿Dónde pelotas estoy?

Casi como respuesta a su pregunta, el cristal se volvió claro y pudo ver unas figuras detrás de él.

No podía ser.

Había tres figuras tras el cristal. Las tres tenían aspecto clarísimamente humano. No sólo eso... Una de ellas era un tipo bastante mayor, con barba. La segunda guardaba un parecido sorprendente con su tío Ramón, el fontanero... aunque los ojos y las orejas no eran iguales. Podría haber sido perfectamente algún familiar suyo que no conocía. Pero el tercero...

Las mismas greñas. La misma nariz...

“¡Joder! ¡¡Soy yo!!”

Antes de que pudiera decir nada, el hombre más mayor habló.

—Bienvenido a Hogar, nuestro humilde planeta. Y, a partir de ahora, también el tuyo.

Pedro se quedó mirando muy fijamente a los tres individuos. No eran horripilantes, ni extraños, ni tampoco ridículamente grotescos. Su aspecto era, simplemente, humano.

—¿No estoy en... la Tierra? —preguntó.

—No.

—Pero... ¿cómo he llegado instantáneamente hasta aquí...?

—No has llegado. Acabas de nacer.

Pedro se estaba poniendo nervioso. Mientras se agitaba, dijo:

—¿Qué mierdas dice...?

En ese momento intervino el hombre de mediana edad, que se dirigió al más mayor.

—Este chico no deja de decir “mierdas”. Habrá que cuidar más su lenguaje.

—Deberíamos crear un nuevo programa de educación lingüística —respondió el mayor.

Pedro pensó que era la primera vez que decía “mierdas” delante de aquellos tipos.

—¿De qué hablan?

Los hombres continuaron conversando entre sí, ignorándole.

—¿Te has fijado en que, cuando tardas dos segundos más en dirigirte a él, ocurre que no dice esa palabra hasta 47 segundos después? —dijo el mediano mientras señalaba un panel que debía estar bajo el cristal, al otro lado.

—¡No acabo de nacer! ¡Tengo diecisiete años! —intervino Pedro.

El más mayor le miró con gesto tierno.

—Por más veces que lo diga, no deja de encantarme eso...

Pedro se sentía aturdido.

—Verás —intervino el mediano, dirigiéndose por fin a Pedro—, hace muchísimos años una luz que transmitía la información sobre toda tu composición física salió de la Tierra. Esa información llegó a Hogar hace muchos años.

Y ahora mismo hemos juntado muchos átomos y les hemos dado exactamente la forma que indica esa información. Unos crean tus músculos, otros tus huesos...

—¡Pero qué gilipolce dice! Hace cinco minutos estaba en mi planeta, en la casa del pirado de mi vecino...

—...y otros tu cerebro, tus neuronas, y sus interrelaciones. Y éstas incluyen los recuerdos más lejanos, y también los más cercanos. Es decir, en tu cerebro recién creado se encuentran todos los recuerdos que tenía el modelo original a partir del cual procedes...

—¡Estaba en el salón de ese cabrón...!

—...incluido ese recuerdo. Por eso lo crees.

Pedro miró a los tres tipos con gesto desolado. No podía creerse lo que oía.

—¿Por qué tienen aspecto humano? ¿Por qué tú te pareces a mí? —dijo señalando al más joven de los tres— ¿Y por qué tú te pareces a mi tío? —dijo señalando al mediano— ¿Habéis copiado el aspecto humano para no darme miedo? ¡No es posible que una especie alienígena sea igual a nosotros...!

El más joven intervino por primera vez.

—¡Alienígena lo será tu padre!

Entonces el mayor se dirigió al joven con gesto serio.

—Después de un mes deberías haber aprendido ya a no responder a las provocaciones —le advirtió en tono reprobatorio. Después se dirigió a Pedro—. No te preocupes, dentro de un rato verás una película que te lo dejará todo muy claro. Ahora sal por esa puerta y reúnete con tus hermanos. Esperad a la señal que os dé el guía y seguidle después.

Pedro miró la puerta que tenía tras él.

—¡Hasta luego! —dijo el mediano. Los tres tipos recogieron unos objetos y salieron del campo de vista del cristal.

Aturdido, Pedro abrió la puerta que tenía tras él.

La luz del exterior cegó a Pedro en un primer momento. Después, a medida que se fue acostumbrando a la claridad, comenzó a percibir lo que le rodeaba. Ante él se desplegaba una gran explanada repleta de individuos, en torno a un centenar. Por fin, sus pupilas se adaptaron por completo a la luz.

No podía ser. Se frotó los ojos con fuerza.

Todos los individuos que había ante él eran exactamente iguales a él.

—¡Qué mierdas es esto! ¡¡Joder!! ¡Mierda!

Los individuos que estaban más cerca de la puerta se volvieron para mirarle.

Pedro se puso de cuclillas, mirando al suelo. Brotaron algunas lágrimas de sus ojos. Volvió a mirar al frente.

—¡Quiero irme de aquí! —gritó.

—¿Cómo... cómo es posible? —dijo uno de los individuos que tenía más cerca. Éste tenía los ojos enrojecidos.

—Otro igual —dijo otro. Inmediatamente después de decirlo, su rostro delató una súbita sorpresa.

Otros individuos que estaban a más distancia miraron con amargura. No sólo miraban a Pedro, sino a los otros tipos que acababan de hablar.

Al secarse las lágrimas, Pedro se dio cuenta de que cada individuo se mantenía a una distancia lo mayor posible de todos los demás. No se dirigían la palabra entre sí. Se acercó a una pared y se sentó en el suelo, tembloroso. Continuó llorando.

Pasó un rato. “Quiero irme de aquí. ¿Qué coño hago aquí? Quiero irme a casa”, pensó.

Pasó más rato aún. Se calmó un poco. Miró al cielo. El sol emitía una luz verdosa. Encontró cuatro discos (¿satélites? ¿planetas?) de distintos tamaños. Uno de ellos parecía tener cráteres similares a los de la Luna. Al cabo de un rato se abrió la puerta de la que él mismo procedía.

Salió por ella otro individuo igual a él. Tenía los ojos entrecerrados. Luego los abrió más, y miró con asombro la concurrencia de la explanada. Se frotó los ojos.

—¡Qué mierdas es esto! ¡¡Joder!! ¡Mierda!

—gritó el recién llegado.

Después se puso de cuclillas y gritó que quería irse de allí.

“Un momento... ¡Eso es exactamente lo que dije yo hace un rato!” recordó Pedro.

—¿Cómo... cómo es posible? —dijo entonces Pedro en voz alta.

—¡Otro igual! —dijo otro individuo mirando a Pedro.

El tipo recién llegado se apartó a un rincón.

Unos minutos después salió otro individuo. Al salir, gritó:

—¡Qué mierdas es esto! ¡¡Joder!! ¡Mierda!

—¡Quiero irme de aquí! —gritó.

El individuo que había salido por la puerta inmediatamente antes que el recién llegado se quedó mirando a este y preguntó:

—¿Cómo... cómo es posible?

Pedro tuvo la sensación de que la escena se estaba volviendo repetitiva.

—¡Otro igual! —exclamó Pedro. Entonces se sobresaltó. “¡Un momento!”, pensó muy sorprendido, “¡Yo mismo estoy repitiendo también el mismo patrón!” Se sintió ridículo, y entonces decidió que en adelante permanecería en silencio.

La escena siguió repitiéndose una y otra vez a intervalos más o menos regulares. Cada nuevo individuo que salía por la puerta repetía el mismo ritual, y era recibido igualmente por los tipos que habían salido inmediatamente antes que él.

Pedro miraba a los protagonistas de cada escena con tristeza... “Otra vez lo mismo. Los tipos que salen por la puerta pasan exactamente por lo mismo que yo. Seguro que les han echado la misma charla los tipos del cristal.”

Al cabo de un rato le empezó a resultar cargante lo predecible de los sucesos. “¿Qué pasa? ¿No pueden decidir? ¿Por qué siempre hacen lo mismo? ¡Yo puedo hacer lo que quiera! Si me comporté de esa manera tras salir fue solamente porque no conocía la escena y no sabía que yo también la estaba repitiendo...”

Dio una patada a una piedra del suelo. “Puedo mandar esa piedra donde quiera. No he visto a ninguno de los demás jugar con una piedra... ¡Soy libre! ¡Hago lo que quiero!”

Acto seguido, un nuevo individuo salió por la puerta. La escena comenzó a repetirse como siempre.

—¡Qué mierdas es esto! ¡¡Joder!! ¡Mierda!

—¡Quiero irme de aquí! —gritó.

—¿Cómo... cómo es...?

Antes de que pudiera terminar la frase, Pedro intervino repentinamente.

—¡Soy liiiiibre! —gritó con toda la fuerza de sus pulmones. El recién llegado calló su frase a la mitad, muy sorprendido. Pedro sonrió. Se mostraba exultante y triunfal— ¡Esto no ha pasado nunca! ¡Hago lo que quiero!

Algunos individuos le miraron y se rieron. Aproximadamente la mitad de los que rieron rompieron a llorar inmediatamente después.

“Les he emocionado”, decidió Pedro. Entonces se sentó en el suelo con un elocuente gesto de victoria en su rostro.

Las escenas en la puerta siguieron repitiéndose. Pero Pedro se sentía feliz después de haber demostrado su libertad. Al poco rato, se relajó un poco. La espera empezó a aburrirle, así que se dedicó a observar su entorno con más detenimiento. Había una torre en un lateral de la explanada. Subido a ella había un hombre que era parecido a su tío Ramón... Más bien se parecía al tipo que vio antes tras el cristal. Mejor dicho, era igual. Se fijó en que estaba comiendo algo.

¿Era eso un bocata de chopped? Pedro meneó la cabeza.

Entonces se percató de que ya no atendía a la escena repetitiva que se seguía sucediendo una y otra vez. Le daba igual. Él había demostrado que era diferente. Todo eso no iba con él.

Estornudó. Mientras sentía cómo la nariz se le llenaba de mocos, pensó “joder, estoy constipado... Seguro que el capullo del Fide estaba equivocado y no era alergia lo que tenía. Seguro que me contagió sus asquerosos bacilos...” Entonces se entristeció y miró al suelo. No sabía si volvería a ver a Fide jamás. Ni

a mamá, ni a ninguna de las personas que le importaban.

De repente, al salir un nuevo individuo por la puerta, algo le sobresaltó. Algo estaba ocurriendo de manera diferente. Un tipo situado lejos de la puerta comenzó a gritar sin que le tocara intervenir. Se dio cuenta de que ese tipo no llevaba demasiado tiempo en la explanada. Por su posición en el grupo, debía haber salido por la puerta dos o tres turnos después de que Pedro rompiera la cadena de repeticiones con su grito liberador.

Lo que gritaba aquel tipo le estremeció.

—¡Soy liiiiibre! ¡Esto no ha pasado nunca! ¡Hago lo que quiero!

Pedro reaccionó con una risa nerviosa. Otros a su alrededor rieron con estruendo. Algunos, al dejar de reír, rompieron a llorar como niños.

“Yo seré diferente. Yo no lloraré”, decidió Pedro con determinación.

Aproximadamente, lloraron la mitad de los que rieron.

9

Tras una espera insoportable, el hombre de la torre desapareció de su atalaya. Poco después salió por una puerta que había en la base de la torre y se dirigió al grupo.

—¡Sígueme todos!

Todos obedecieron a la petición, quizá por una mezcla de aturdimiento y hartazgo. Avanzaron por un camino en el suelo pintado de amarillo. La explanada era ancha, y a lo lejos en ambas direcciones sólo se vislumbraban unos muros blancos que delimitaban el recinto. A los lados del camino el suelo parecía estar compuesto únicamente por cemento blanco. No se veía ni una sola brizna de hierba. No se oían pájaros. Tampoco había brisa.

“Muy posiblemente todos estábamos en la casa de Gómez hace unas horas”, dedujo Pedro. Los gestos pensativos de los demás individuos le indicaban que todos habían llegado a la misma conclusión, más o menos al mismo tiempo. Los primeros en darse cuenta eran los primeros que habían salido por la puerta.

Tras un rato llegaron a un pequeño edificio que se erigía en medio de la inmensa explanada. El guía abrió la puerta y les invitó a entrar.

Dentro había una gran sala repleta de hileras de asientos dirigidos en la misma dirección. Al fondo se veía lo que parecía una pantalla de proyección. Diversas columnas se levantaban a intervalos simétricos a lo largo de la sala. También se distribuían homogéneamente algunos megáfonos.

—Siéntense todos, por favor —dijo el guía.

Se formaron varias hileras de individuos que esperaban junto a cada una de las filas de asientos. Pedro se unió a una de ellas. La fila fue avanzando mientras los individuos iban tomando asiento. Pedro se acomodó en el asiento que le había tocado mientras mostraba una actitud similar a la de los demás individuos, que era la de una mezcla de expectación y cansancio.

Entonces Pedro observó que tenía justo enfrente de su asiento una de las columnas de la sala. Ésta le impedía ver la pantalla de proyección. Le pareció muy frustrante. “Joder, ya es mala suerte”, pensó. Miró con gesto indignado a los individuos que tenía a sus lados. Todos ellos miraban la pantalla relajadamente sin ningún obstáculo que se lo impidiera. Pedro trató de ladear la cabeza. Comprobó que si estiraba mucho el cuello podía ver la pantalla. La postura era realmente incómoda.

Cuando por fin se sentaron todos, se apagaron las luces y comenzó la proyección.

Sonó una musiquita de fondo y surgió en la pantalla una imagen en blanco y negro de un planeta en el centro de la imagen. No era una foto, más bien parecía un dibujo. Después de unos segundos la imagen desapareció y apareció un letrero que leía:

“Bienvenidos a Hogar”

La musiquita resultó familiar a Pedro. Intentó recordar. Recuperó una postura más relajada en la que no veía la pantalla pero podía concentrarse mejor. Ahora que no tenía nada que mirar, cerró los ojos y recordó... “¡Ya lo tengo! Ésta es la música que sale al final de Anikilation III: Enemigos de la patria morid, la penúltima entrega de la saga, cuando el

malvado Dogfucker ya había explotado en mil pedazos... Eso ocurría después de que Anikilator lo atara a una columna con sus propios intestinos y dejara que la bomba explotara... Después de salvar la Tierra, Anikilator era invitado al congreso USA y el presidente lo recibía con gafas de sol y bailando rap... y... sí... sonaba esta misma melodía...” Pedro sonrió recordando ese gran momento. “Claro, en ningún momento se ve que el dedo gordo del pie derecho de Dogfucker se quemó... Todo cuadra con el comienzo de Anikilation IV...”, razonó. Pedro recordaba que aquella misma musiquita también aparecía en Anikilation III: el videojuego, el juego de tiros al que solía jugar on-line muchas noches con Tarao, Fide y Mos. A Pedro siempre le habían llamado la atención los realistas gráficos 3D de aquel juego, así como los originales escenarios coloristas de los planetas que visitaba Anikilator en su aventura. Curiosamente, ahora que Pedro estaba en otro mundo, todo resultaba mucho menos llamativo que en aquel videojuego. Sin ir más lejos, aquella sala de proyección era bastante fea. La pintura se descascarillaba en algunos puntos de la única pared que estaba pintada, mientras que las otras tres paredes eran de ladrillo visto, ladrillos rojos de arcilla como los de toda la vida. Los propios asientos eran bastante toscos. Y el equipo de sonido que estaba emitiendo aquella musiquilla no parecía ser gran cosa, a juzgar por el ruido estático de fondo.

De repente, sintió un extraño cosquilleo... “Un momento... ¿Qué hace esta melodía sonando a miles de años luz de la Tierra?” Se sobresaltó. “¿Y por qué suena exactamente tal y como yo mismo la suelo tararear?” Siguió escuchando. “¿Y por qué se repite el estribillo una y otra vez?” Pedro recordó que la canción continuaba después de manera diferente. Sin embargo, no conseguía recordar cómo... Entonces se dio cuenta de que se estaba perdiendo la película, y volvió a atender.

“...por lo que la luz tarda 5348 años en llegar a Hogar desde la Tierra. Sin embargo, Pedro Martínez estuvo en el salón de la casa de Gómez hace 7457 años. ¿Qué ha ocurrido en Hogar durante los últimos 2109 años?”, rezaba un letrero.

El letrero desapareció y surgió una imagen estática de Pedro (o sea, de cualquiera

de los presentes). La imagen también estaba en blanco y negro. La musiquita seguía sonando.

“Un momento...”, pensó Pedro. “¡Esta película es muda! ¿En una civilización extraterrestre siete mil años más avanzada que la que conozco el cine es mudo y en blanco y negro? ¿Será una licencia artística?”, se preguntó. “¿Qué cosa más cutre...”

Observó los individuos sentados en los asientos contiguos. De repente, la mayoría de ellos puso gesto de estar escuchando la música con gran atención. Poco a poco, todos iban poniendo gestos de sorpresa.

“¡Ahora se están dando cuenta del origen de la melodía! ¡Yo he sido el primero en darme cuenta! ¡Realmente soy diferente!”, pensó exultante. El cuello le dolía, así que volvió a relajarse unos segundos en la butaca. “Maldita columna...” Cerró los ojos mientras giraba el cuello lentamente. Tras unos segundos, abrió los ojos de nuevo y volvió a estirar el cuello.

Mientras se intercalaban imágenes cuya calidad recordaban a Pedro el vídeo de la comunión de su primo, pero en blanco y negro, la proyección iba contando la historia de Hogar. Hace más de dos mil años vivía en Hogar una especie alienígena que deseaba entrar en contacto con otros seres inteligentes del universo. Conscientes de que jamás podrían desplazarse físicamente a otra estrella, se dieron cuenta de que su contacto con otras culturas debería limitarse al intercambio de conocimientos e información.

Mandaron mensajes a otras estrellas a través de ondas de radio. Dichos mensajes trataban sobre sí mismos, sobre su cultura y su ciencia. A su vez, en ocasiones ellos mismos detectaron señales procedentes de otros mundos, señales que probablemente no habían sido emitidas intencionadamente al espacio exterior por sus emisores. Cuando esto sucedía, trataban de analizar dichas señales para conocer la cultura del emisor y le enviaban de vuelta un mensaje en su propio lenguaje. Tras cierto tiempo, llegaron a establecer diálogos con otras civilizaciones.

Aunque los diálogos fueron fructíferos, pronto se dieron cuenta de que el procedimiento resultaba rudimentario y muy lento, pues cada intervención de un interlocutor podía necesitar miles o millones

de años para llegar al otro. Los diálogos resultaban muy poco fluidos y nada eficientes.

Entonces decidieron que la única manera efectiva de transmitir información sería transmitir un individuo de cada especie a la otra especie. Una vez que el individuo llegara al destino, se podrían establecer diálogos directos con él para acceder a sus conocimientos adquiridos. Este procedimiento resultaría mucho más rápido y fluido. Ciertos conocimientos, que al individuo le resultarían evidentes y triviales, podrían ahorrar a los científicos miles de años de espera hasta que una pregunta se transmitiera y llegara su correspondiente respuesta.

No se podría transmitir un individuo físicamente. Sin embargo, podría transmitirse la información suficiente para que un individuo pudiera ser construido, átomo a átomo, en el destino. Es como si se enviara un plano perfectamente detallado del individuo y después, en el destino, se creara una copia exacta siguiendo las instrucciones del plano. Dado que los pensamientos y recuerdos de cada individuo se producen y almacenan de alguna forma en su propia materia, transmitir su plano implicaría transmitir todos sus conocimientos. A pesar de la ingente cantidad de información que hay que transmitir para comunicar el plano átomo a átomo de un individuo, transmitir sus conocimientos adquiridos de esta forma resultaba más eficiente que enviando cada dato por separado. Según parecía, todos los seres inteligentes albergaban dentro de su propia naturaleza (en su cerebro, sistema nervioso, o lo que fuera) una forma de almacenar información que era más eficiente que la que esos mismos seres pudieran inventar conscientemente por medio del lenguaje, la escritura u otros métodos artificiales de almacenar sus propios conocimientos.

El individuo a transmitir no podía ser recién nacido, pues en la mayoría de las especies el conocimiento de un individuo recién nacido era muy escaso o nulo. Por contra, debería enviarse un individuo adulto muy sabio que sobresaliera por su conocimiento global de la cultura de su civilización.

“¡Como yo mismo!”, pensó Pedro orgulloso mientras observaba distraído los nudos de los

cordones de sus zapatos, preguntándose indignado para qué servía el doble nudo. Después se tocó el cuello con gesto dolorido. “Qué coñazo de columna, de verdad...” Miró las butacas contiguas. “¡Y qué morro tienen los demás!”, pensó con cierto enfado. En realidad, no estaba solo en su desdicha. Otros pocos individuos adoptaban también posturas imposibles para esquivar sus respectivas columnas.

Los habitantes de Hogar desarrollaron un método de registrar y transmitir el plano completo de un objeto cualquiera, incluyendo seres vivos, e incluyeron una descripción del método en cada transmisión que emitían al exterior.

Esta información llegó a Gómez. Surgió en la pantalla un dibujo de Gómez en blanco y negro, deformado y mal trazado pero inconfundible, lo que hizo reír a Pedro. Y a todos los demás. “El que ha pintado eso dibuja igual de mal que yo”, pensó divertido.

Gómez extrajo un plano de Pedro Martínez usando una matriz de yogures de pera de AhorraPlus forrados con papel charol azul, y envió esa información en dirección a Hogar hace más de siete mil años. Los habitantes originarios de Hogar recibieron esa información hace unos dos mil años. Entonces, produjeron la primera copia de Pedro Martínez. Nació Uno.

10

Cuando los alienígenas explicaron a Uno cómo y por qué había aparecido allí, éste se sorprendió enormemente. En torno al artificio copiator donde nació Uno, los alienígenas habían construido un gran recinto rodeado por una cúpula. El aire dentro del recinto era apto para la respiración humana y diferente a la atmósfera de todo el planeta. Pedro se dio cuenta de que la imagen de la cúpula en la pantalla consistía en realidad en un bol puesto boca abajo con cajitas en el interior. En una de ellas podía verse incluso el nombre del fabricante: “Martínez S.L.”

Los mensajes que los alienígenas habían difundido por el espacio para solicitar, a aquéllos que pudieran escucharles, que les transmitieran un individuo, incluían algunas instrucciones muy explícitas. En particular

indicaban que, junto al plano del espécimen de intercambio, sus emisores debían transmitir también planos de alimentos que pudieran nutrirlo. Al poco de enviar los planos de Pedro Martínez, Gómez envió planos de los siguientes productos: Un yogur de pera de AhorraPlus, una bolsa de pipas, media coliflor y un bocata de chopped. Esta lista es muy importante, pues Uno sería alimentado toda su vida por medio de estos productos. En cada desayuno, almuerzo o cena, los alienígenas hacían nuevas copias de estos alimentos a partir de los planos originales, y se la ofrecían a Uno. Conviene por tanto dar algunos detalles adicionales. La bolsa de pipas llevaba en su interior un cromó de la serie Kakakulo y Pedopís. Se trata del cromó 76, en que se recuerda cómo Kakakulo abre las tripas a Pedopís después de que éste se haya comido su ojo izquierdo en un desafortunado despiste. En realidad, el cromó sólo recuerda la mitad de la escena, pues la otra mitad iría en el cromó 77, que debía ponerse justo a su derecha. Por su parte, el bocata de chopped no estaba completo. Tenía un gran mordisco que, por la forma de la mandíbula, parecía deberse a Gómez.

A medida que avanzaba la descripción, Pedro iba poniéndose más y más furioso. “Gordo cutre y tacaño... menudo hijo de puta...” Comenzó a oír los gritos iracundos de sus compañeros.

—¡Menudo cabrón! —gritaban unos.

—¡Métete la coliflor por el culo...! —gritaban otros. Pedro recordó que odiaba la coliflor.

—¡Tacaño! ¡Pedazo de cutre! —gritaban otros.

“Gritan cosas diferentes”, pensó Pedro mientras esbozaba una sonrisa. Tras observar durante unos segundos, descubrió que había ciertos patrones en los gritos. Los de las primeras filas, impactados quizá por la inmensa imagen de la asquerosa coliflor, protestaban contra ésta. Los de las últimas filas solían criticar la tacañería de Gómez. Quizá esto se debiera a su malestar por la falta de medios de la propia sala de proyección (la pantalla estaba realmente lejos y tenían que hacer un gran esfuerzo para leer los rótulos). En las posiciones intermedias, simplemente gritaban “cabrón”.

Los pocos individuos que estaban situados justo tras una columna no gritaban nada, y se limitaban a observar con detenimiento a los demás.

La proyección continuó. Durante meses Uno fue sometido a múltiples interrogatorios sobre la cultura terrestre por parte de los alienígenas. Las primeras preguntas se centraron en conocer en detalle las figuras de Kakakulo y Pedopís, consideradas por ellos muy influyentes a juzgar por el papel que les otorgaba Uno en cada una de sus narraciones. Después trataron de averiguar qué eran en realidad el chopped y el yogur de pera.

Tras unos meses, los interlocutores alienígenas transmitieron a Uno una extraña noticia. Una misteriosa enfermedad estaba diezmando la población de todo el planeta. Según descubrieron, un minúsculo microorganismo había penetrado en sus cuerpos y los estaba matando.

Al cabo de una semana más, Uno dejó de recibir visitas. En previsión de una posible emergencia, los alienígenas habían introducido el artilugio copiador dentro del recinto de Uno. De esta forma, Uno podía generar su propia comida autónomamente y seguir alimentándose.

Al cabo de un mes, Uno llegó a la conclusión de que estaba completamente solo en ese planeta.

11

Uno había sido provisto de todo tipo de artilugios por sus huéspedes. En poco tiempo encontró un traje presurizado con una bombona de aire y un traductor bidireccional entre su idioma y el idioma alienígena. Con dichos objetos salió de su cúpula y recorrió la ciudad alienígena que lo rodeaba.

Sin duda, los alienígenas habían desaparecido de aquella ciudad. En la soledad más absoluta y a lo largo de varios meses, Uno llegó a conocer en detalle los alrededores de la cúpula. No podía alejarse demasiado, pues tenía que volver periódicamente al artilugio copiador para alimentarse. Tras algún tiempo descubrió un inmenso dispositivo de control del clima. Aprendió que este artilugio permitía modificar la proporción de ciertos componentes de la atmósfera del planeta. Observando las

especificaciones del propio aire que él respiraba dentro de su cúpula, introdujo los mismos parámetros en el artilugio. Según se describía en el aparato, los resultados no serían inmediatos, así que debía conservar su traje por el momento.

Uno aprendió a manejar las máquinas de transporte alienígenas, que estaban muy automatizadas en su mayoría. Así pudo explorar los alrededores de la ciudad. Cuando obtuvo más confianza, comenzó a realizar viajes más largos. En cada viaje generaba una gran cantidad de alimentos, los introducía en su aparato volador y se alejaba durante unas semanas para explorar los lugares más recónditos del planeta. Conoció su paisaje natural, así como otras ciudades.

Al cabo de unos quince años en la más absoluta soledad, el proceso de transformación atmosférica terminó y el aire se hizo completamente respirable, lo que le permitió deshacerse de su traje. Pasó los siguientes años aprendiendo todos los detalles posibles sobre la recientemente extinguida civilización alienígena y su cultura. A pesar de su soledad, el constante descubrimiento de las peculiaridades de un mundo tan diferente y sorprendente le mantenía entretenido. Pasaron muchos más años.

Uno se estaba haciendo mayor. Ya no podía hacer sus tareas con el mismo vigor que antes. Se apoyaba en las máquinas alienígenas todo lo que podía, pero necesitaba más ayuda.

Un día se dio cuenta de un hecho trascendental.

Él había llegado a este planeta a través del artilugio copiador. Es decir, el mismo artilugio que utilizaba para reproducir su alimento. El aparato memorizaba todos los objetos que había generado alguna vez, que eran todos los objetos cuyos planos había recibido alguna vez desde estrellas lejanas. Y entre ellos estaba...

Se acercó a sus controles. Los manipuló. Pulsó un botón. Apareció una luz azulada. A los pocos segundos y con gran estruendo, surgió una figura humana en el centro de la plataforma metálica.

—¡Gordo chiflado! ¡Joder! ¡¡Joder!! ¡Iba en serio! ¡Joder! ¿Dónde pelotas estoy? —dijo el recién llegado.

—Bienvenido a Hogar, mi humilde planeta. Y, a partir de ahora, también el tuyo —dijo Uno con voz orgullosa, mientras se acariciaba la barba con la mano.

—¿No estoy en... la Tierra?

12

De esta forma nació una nueva civilización. Uno generó a Dos, a Tres y a Cuatro. Dos generó años después a Cinco, a Seis, a Siete, a Ocho, a Nueve, a Diez y a Once. Y así sucesivamente.

Los nuevos habitantes de la ciudad se dieron cuenta pronto de que los artilugios y herramientas alienígenas no durarían mucho tiempo en correcto funcionamiento sin un adecuado mantenimiento. Este mantenimiento podría estar muy fuera de sus capacidades, tanto presentes como futuras. Por lo tanto, debían aprender a crear sus propios artilugios, menos sofisticados pero comprensibles, utilizables y reproducibles.

La capacidad de copia de objetos del artilugio copiator no era infinita. Sólo permitía generar cierta cantidad de masa al día, así que la cantidad de alimentos que se podían producir cada día estaba limitada. Para aumentar la producción de alimentos, habría que desarrollar una industria agroalimentaria propia. Esto no resultaba viable con la tecnología de que disponían, pues los únicos alimentos disponibles no crecían en el suelo. Ni el bocadillo de chopped ni el yogur de pera podían plantarse, y las pipas estaban tostadas. Dada la composición tóxica del subsuelo, ni siquiera la coliflor podía plantarse de una forma económicamente viable. Otra posibilidad para obtener más alimentos sería desarrollar una industria que permitiera copiar el propio artilugio copiator, pues los nuevos artilugios copiatores permitirían generar más alimentos cada día. Desgraciadamente, los nuevos habitantes de Hogar no contaban con un plano de la máquina copiatora.

Cuando la población de la Ciudad era cercana a un millar, el individuo 567 encontró en un antiguo edificio los mensajes que los alienígenas habían enviado a otras estrellas. Entre ellos se incluían las instrucciones que proporcionaban a otras civilizaciones para que estas obtuvieran y enviaran de vuelta los

planos de un objeto cualquiera. Siguiendo estas instrucciones, los habitantes de Hogar consiguieron obtener el plano del propio artilugio copiator, y acto seguido lo enviaron en forma de luz, como hiciera Gómez desde su casa muchísimo tiempo atrás, si bien esta vez el destino de dicha luz no era otro mundo, sino un colector situado en la misma sala. Entonces conectaron dicho colector con el artilugio copiator para que le transmitiera, como plano que debía copiar, la información que codificaba dicha luz, que no era otra que el propio artilugio copiator. Pulsaron el botón y... ahí estaba. Otro artilugio copiator. La capacidad de producir alimentos se había multiplicado por dos. Copiando más máquinas copiatoras, esta capacidad no tendría límites. Es más, ahora que la máquina copiatora podía utilizarse para copiar cualquier objeto, se podría producir en serie cualquier producto manufacturado sin necesidad de crear una nueva industria.

Una vez superadas las restricciones alimenticias, los individuos más mayores ya no tenían ninguna restricción para generar nuevos individuos que les ayudaran en sus tareas. En pocos años, la población de la ciudad llegó al millón de habitantes. Todos ellos Pedro Martínez, a distintas edades. Todos ellos con vivencias idénticas hasta los diecisiete años (más bien, idénticos recuerdos de vivencias). Y, a partir de entonces, vivencias diferentes.

Unas pocas generaciones más tarde, la sociedad humana de Hogar se enfrentó a un nuevo reto. Las máquinas copiatoras consumían mucha energía al producir materia, y el exceso de máquinas colapsó las existencias energéticas. Esto obligó a buscar nuevas fuentes de energía. La capacidad de generar alimentos ya no sería ilimitada nunca más. Por otro lado, la fabricación de productos manufacturados ya no podría basarse sistemáticamente en copiarlos con la máquina copiatora, pues el coste energético de dicho procedimiento era prohibitivo y la energía debía reservarse para lo que era primordial y no se podía obtener de otro modo, los alimentos. En adelante, los habitantes de Hogar deberían desarrollar sus propias técnicas de fabricación de artilugios. En adelante, todos los habitantes de Hogar tendrían que trabajar duramente para obtener

los recursos necesarios para sobrevivir.

Una sociedad eficiente necesita que sus individuos se especialicen. Los conocimientos específicos de cada individuo permiten a ese individuo aumentar la productividad de las labores que desarrolla. No es fácil especializar individuos que parten de ser exactamente iguales. Sin embargo, vivencias ligeramente diferentes introducen deseos y tendencias ligeramente diferentes. Después, el deseo de cada individuo de no ser igual a los demás, de diferenciarse y ser libre, anhelo que es compartido en realidad por todos los individuos, hace el resto. Unos individuos toman una decisión. Los que vienen después toman la decisión contraria para ser diferentes a los primeros y sentirse libres. Y así sucesivamente.

De esta forma, surgieron manipuladores del artificio copiator, transportistas para la distribución de los alimentos, analistas de artífices alienígenas, investigadores para la reconstrucción de la ciencia humana... Después, albañiles para la construcción de barracones, ingenieros para su diseño... Políticos para poner normas que coordinen las actividades de todos, policías para hacer que esas normas se cumplan... Toda una sociedad humana.

Una sociedad en la que todos los individuos creerían haber sido algún día Pedro Martínez.

“Unos dos mil años después de que llegara Uno, la ciencia y la técnica en Hogar han alcanzado un nivel similar al de la Tierra a comienzos del siglo XX. No somos genios, y poco se puede mejorar la capacidad de aprendizaje de un individuo a partir de los diecisiete años... Pero estamos aquí y sobreviviremos. Como prueba de nuestra prosperidad, somos más de mil millones de habitantes los que poblamos Hogar en la actualidad. ¡Viva Pedro!”

“Fin”

13

Las luces se encendieron. La sala estaba en completo silencio. Los individuos se miraban entre sí con gesto incrédulo. Hasta ahora, cada uno había pensado que todos

ellos eran iguales por algún tipo de broma pesada. Ahora se daban cuenta de que no había nadie diferente. En todo el planeta. En todo su mundo.

—¡O sea, que no hay pibas! —saltó una voz desde las primeras filas.

—¡Joder! ¡Mierda! —gritó otro desde atrás.

—¿He sido generado... he nacido sólo para cuidar viejos en un planeta asqueroso?

—¡Es injusto! ¿Quién vendrá a cuidarme a mi cuando sea viejo?

—¡Joder! ¡¡¡Joder!!!

A Pedro el cuello le dolía horrores. Miró a los demás con desprecio mientras se pasaba la mano por la nuca. “¿De qué se quejan estos gilipollas? Todos ahí, tan cómodos en sus butacas...”

—Acompañenme a la salida, por favor —dijo el guía.

Fueron saliendo de la sala de proyección hacia la explanada exterior. Cuando todos estuvieron fuera, el guía se dirigió de nuevo a ellos.

—Por favor, ahora cada uno de ustedes debe escoger el barrio de la ciudad en el que desea alojarse. Les llevaremos a todos a sus casas.

“Ya quisiera yo. Mi casa en la Tierra, no en esta mierda de sitio”, pensó Pedro.

—Los que deseen ir al barrio A —continuó el guía—, cercano a las modernas cadenas de producción de la ciudad, con grandes estructuras de sofisticado urbanismo y altos rascacielos, sigan a mi compañero —dijo señalando a un recién llegado vestido de uniforme. Éste, de mediana edad, se parecía muchísimo al propio guía. Les diferenciaba el peinado y una barba corta.

“Así que así seré yo de mayor... Como mi tío Ramón...”, pensó Pedro mirando a ambos.

—Los que deseen ir al barrio B, donde se ubican los centros de investigación de la ciudad, rodeados de bellos paisajes naturales, vayan con el otro compañero —dijo señalando a otro tipo—. Los que deseen ir al barrio C, barrio cultural y artístico de la ciudad, con gran animación diurna y nocturna, sigan a aquél —dijo señalando a otro.

De esta forma, el guía fue describiendo las diversas opciones.

Pedro miró a todos los demás individuos con cara de asco, mientras se tocaba el cuello. “Corderitos. ¡Beeee! Vamos, seguid al rebaño. ¡Vamos! ¡Al matadero! ¡Beee! Cabrones... Pedazo de cabrones...”, pensó.

Terminaron las opciones. Poco a poco, todos los individuos fueron escogiendo el grupo al que deseaban unirse. Pedro no había decidido todavía. Debía reconocer que la presentación de cada opción hacía que todas ellas le resultaran casi igual de apetecibles. Sin duda, eran unas presentaciones creadas a su medida, a la medida de todos.

Entonces comenzó a decantarse por una de ellas. Echó un vistazo global a toda la escena, con casi todos los individuos ya clasificados en un grupo. Finalmente, se dirigió al grupo del barrio G, donde se ubicaban los centros de gobierno de la ciudad. Mientras se dirigía hacia ese grupo, sonreía de manera socarrona.

Al unirse al grupo, observó a los demás integrantes del mismo. Muchos de ellos se llevaban la mano a la nuca mientras emitían un gesto de dolor.

14

—Señores, ahora todos ustedes recibirán un número identificador —dijo el guía dirigiéndose a todos los grupos—. Más adelante recibirán un nombre, que ustedes mismos escogerán...

“Yo soy Pedro Martínez. No necesito escoger nada”, pensó Pedro con determinación. Después miró a los demás. Mostraban la sonrisa de quien está satisfecho con una decisión recién tomada. “Aunque quizá no sea tan buena idea...”, rectificó molesto.

Los hombres uniformados comenzaron a repartir papelitos entre los presentes. Pedro recibió el número 95271105. “Genial. Ahora soy un maldito número.”

Apareció una hilera de autobuses al fondo de la explanada. Los autobuses se aproximaron a los grupos y pararon.

—¡Qué guay, con alerones! —gritó alguien en el grupo del barrio B.

Efectivamente, los autobuses tenían alerones. Pedro reconoció que le daban cierto aire estético. Después dirigió la mirada hacia el asfalto de la carretera. A lo largo de cada carril se extendían dos hileras paralelas de placas metálicas que corrían en la dirección del carril. Las dos hileras estaban separadas por unos metros. Pedro se dio cuenta de que todos los presentes se estaban fijando en lo mismo que él.

—Esas hileras transmiten energía a los vehículos —se apresuró a decir el guía de manera casi mecánica—. En Hogar no hay combustibles fósiles. Los vehículos se mueven gracias a la energía que captan de las hileras electrificadas dispuestas en el asfalto. Sólo los vehículos del ejército y de las fuerzas de seguridad utilizan baterías de energía autónomas.

Algunos miembros del grupo A se acercaron a las hileras y las contemplaron con curiosidad.

—Ahora suban todos a los autobuses, por favor —continuó—. Éstos les conducirán a sus apartamentos. El conductor anunciará su llegada al barrio escogido.

—Pedro subió a uno de ellos y se sentó junto a la ventana. Cuando el autobús estaba cercano a llenarse, otro individuo se sentó junto a él en el asiento contiguo. Finalmente, el autobús cerró las puertas y comenzó a moverse.

Pedro giró la cabeza para mirar por la ventanilla. La explanada parecía continuar indefinidamente, si bien ya no se veían muros en el horizonte. Al poco tiempo, escuchó:

—Hola.

Pedro se dio la vuelta. Se trataba del individuo que se sentaba a su lado. Le miró con extrañeza.

—¿Cómo te... cuál es tu... cuál es tu número?

Pedro le devolvió una mirada de indiferencia y se dio la vuelta airadamente.

—Yo... —continuó el individuo— yo soy 95271199... ¿Qué barrio has escogido?

Pedro frunció el ceño mientras miraba por la ventana. Se dio la vuelta bruscamente y se dirigió a su acompañante.

—¿Qué mierdas...? ¿qué... qué necesidad tengo yo de hablar contigo? ¿Por qué voy a hablar con... conmigo mismo? —respondió Pedro con visible enfado, mientras se pasaba la mano por la nuca. Emitió un breve gesto de dolor. Continuó— ¡Qué pérdida de tiempo! ¡Qué imbecilidad! No necesito pensar en voz alta...

Volvió a darse la vuelta. El extraño continuó hablando.

—Yo voy al barrio B —respondió. Parecía ignorar la respuesta airada de Pedro—. ¿A qué barrio vas tú...?

Pedro se mantuvo en silencio mientras miraba por la ventana. Observó que otros pasajeros estaban estableciendo conversación entre sí. Al cabo de unos segundos, respondió con voz resignada.

—Al barrio G.

Su compañero mantuvo silencio por un momento. Se mostró dubitativo y respondió.

—Entonces ya no somos iguales.

Pedro frunció el entrecejo. Después se dio la vuelta para volver a mirar por la ventanilla. Notó que el asiento no era muy cómodo. Se estaba clavando unos hierros a la altura de la espalda. Volvió a mirar al compañero.

—¡Vaya mierda de asiento! ¿No te estás clavando algo en la espalda?

—No... — respondió el otro con cierta sorpresa.

Pedro mostró incredulidad. Miró a los demás pasajeros. Hablaban animadamente, sin aparentar incomodidad. Cambió su gesto por la resignación. Volvió a mirar por la ventana. “¿Joder, por qué a mí otra vez?” Sintió enfado. “¿Qué coño he hecho yo?” Decidió concentrarse en la ventana.

Observó que en la lejanía se erigía un enorme conjunto de edificios. “Nos acercamos a la ciudad”, pensó. En ese momento, un sujeto uniformado de mediana edad se puso en pie junto al asiento del conductor.

—Vamos a proceder a ofrecerles un pequeño refrigerio.

Pedro se dio cuenta de que tenía hambre. “Bien, una buena noticia al fin.” El hombre comenzó a repartir bocadillos. Al poco

tiempo llegó a su fila. Pedro cogió su bocadillo con cierta ansia. Lo mordió.

Sintió una gran felicidad al comprobar que el bocadillo contenía una compleja mezcla de sabores. “Bien, parece que han conseguido obtener nuevos alimentos.” Masticó y saboreó.

“Un momento... La carne es chopped... y la salsa... sabe a... yogur con... con... ¿pipas?” Pedro separó el bocadillo de su boca y lo observó con detenimiento. En el extremo contrario al lugar que había mordido, había otro mordisco que no se debía a él. “Jooooodeeeeer...” Cerró los ojos y trató de serenarse. Los volvió a abrir y miró a los demás.

Todos tenían el mismo bocadillo.

—¡Bien! ¡Bien! ¡Os jodéis, como yo! —dijo con satisfacción.

Varias cabezas se dieron la vuelta para mirarle. No se dio cuenta de que lo había gritado. Se acurrucó junto a la ventanilla con cierta vergüenza, y se concentró en el paisaje. Las demás cabezas se fueron reincorporando poco a poco.

Pedro se dio cuenta de que la velocidad del autobús no era muy elevada. El estruendo provocado por el motor indicaba que la velocidad nunca podría ser muy superior a la actual. “¿Entonces para qué sirven los alerones...?”, se preguntó extrañado. “El caso es que quedan bien...” Siguió observando por la ventanilla.

15

El autobús estaba adentrándose en la ciudad. Pedro observó los edificios. “¿Son como los de mi barrio! ¿Cómo es posible?” Se trataba de bloques de pisos de ladrillo rojo de cuatro o cinco plantas. De las ventanas colgaba ropa tendida. “¿Era eso una camiseta de Kakakulo?”, observó incrédulo. Había terrazas, y algunas estaban acristaladas. Por las aceras caminaban individuos. Todos ellos eran iguales a él, pero de diversas edades. Eso sí, usaban peinados diferentes, algunos estaban teñidos, y algunos tenían barba o bigote. Algunos tenían incluso tatuajes. Vestían diferente, e incluso andaban de manera diferente.

El tráfico en las calles era denso, y el autobús se paraba con mucha frecuencia.

—Nos adentramos en el centro de Ciudad —dijo el hombre uniformado.

Pedro observó que el nombre de las calles estaba indicado en placas colgadas de las paredes.

“¿Calle Tarao?” Pedro meneó la cabeza incrédulo. Observó otra placa: “¿Calle Abuela? ¿Qué es esto...?”

El autobús giró y se adentró en una ancha avenida.

“¡Avenida Rocío!”, leyó con gran sorpresa. Al poco tiempo se abrió una gran plaza. El centro de la plaza estaba coronado por una gran estatua de mármol que mostraba una extraña escena. Consistía en una chica con gesto angelical, y un tipo tendido en el suelo con gesto moribundo. El moribundo tenía a su lado un casco, y había una moto tendida sobre el suelo.

Pedro miró el rostro de los personajes. Tenían un vago parecido a... “¡Rocío y el gilipollas del Rob!” Pedro esbozó una sonrisa cómplice. “¡Qué bueno!”

El autobús se adentró en una calle más estrecha.

“¿Calle ‘Que le den por culo a papá’?” Pedro cerró los ojos y se estremeció, como si esperase recibir un puñetazo por semejante osadía. Luego se fue relajando poco a poco y abrió los ojos. Su padre no estaba allí. Hacía miles de años que debía haber muerto. No tenía que temerle. “El hijo de puta se fue, y ahora me he ido yo.” Sonrió. Sintió una gran liberación. “Qué le den por culo a papá... ¡Muy bueno! ¡Ja!”

El autobús se detuvo en otro atasco. Ante su ventanilla se ubicaba la entrada de un cine. Había el cartel de una película. “La victoria de Pedro”, se titulaba. El cartel incluía una breve sinopsis de la película.

“La bella Rocío es secuestrada por el malvado Rob, que es ayudado por Gómez, el científico chiflado. El valiente Pedro decide liberarla. Para ello, recluta un comando de asalto y los entrena. Éste está formado por Fideuá y Mos.” Más abajo, otro letrero rezaba “¡Con la participación especial de Anikilator!”

Pedro sonrió ante semejante argumento. Luego torció el gesto. Empezaba a resultarle extraño este mundo a su medida. “Dios, este

lugar parece una parodia de mí mismo. Esto empieza a ser un poco cargante...” Miró al resto de los pasajeros en el autobús. La mayoría de ellos observaba todos estos detalles con un elocuente gesto de aprobación y una gran sonrisa.

Bajo el cartel de la película, otro letrero decía: “¡Y a todo color!”

“¿A todo color?”, pensó Pedro extrañado. “¿Y la mierda de película muda que nos pusieron antes? ¿No se supone que estábamos más atrasados? Qué raro...” El respaldo del asiento le estaba destrozando la espalda, así que se ladeó hacia delante. Pero en esa postura el cuello le dolía más. Se estaba irritando. Miró a los demás pasajeros. Observó sus sonrisas mientras miraban por la ventanilla, y sintió cierto asco.

Volvió a mirar por la ventanilla. Había un gran bullicio en las calles. Al salir de la calle “Mamá”, Pedro pudo ver ante él la entrada de lo que parecía ser un gran centro comercial. Sobre una majestuosa entrada, se leía el siguiente texto en grandes letras amarillas:

“¡Gordo chiflado! ¡Joder! ¡Joder!! ¡lba en serio! ¡Joder! ¿Dónde pelotas estoy? ¡Ahora, por fin lo sabes! ¡En PJR! ¡El Paraíso de los Juegos de Rol!”

Pedro elevó la cabeza. El edificio parecía contar con unas nueve o diez plantas. “¿Todo este edificio sobre juegos de rol? ¡Joder, qué pasada! Con lo que me costaba encontrar tiendas... claro, no éramos muchos”, reflexionó. Observó el rostro maravillado de los demás pasajeros. “Aquí todo es diferente, claro.” Vio un pequeño cartel a un lateral de la entrada: “MMXXIV Campeonato Mundial de Rol, Copa Val Hancín. Con el patrocinio del Ministerio de Juegos de Rol y Cultura.”

Pedro torció el gesto. “Esto empieza a ponerse un poco desproporcionado...”, pensó.

El autobús continuó su recorrido. Al cabo de un rato, el nombre de las calles comenzó a extrañar a Pedro un poco más. “¿Calle ‘Mamá II’? ¿Calle ‘Tarao IV’?” Pedro frunció el ceño. “¿Calle ‘Que le den por culo a papá VI’?” Pedro se inquietó. “¿Tan poco original soy?”

La densidad de edificios se hizo menor, y la calle comenzó una leve cuesta hacia arriba. Poco a poco el relieve se volvió más pronunciado. El autobús comenzó a deslizarse

por abruptos acantilados desde los que se vislumbraba un bello panorama de la ciudad. El recorrido ascendente continuó hasta que el autobús se paró ante un edificio de extraño diseño.

—Los que vayan al barrio B pueden bajarse —anunció el hombre uniformado.

Algunos pasajeros salieron del autobús. El compañero de Pedro dijo un breve “Ya nos veremos”, y bajó junto a los demás. Pedro aprovechó para ocupar su asiento. Apoyó la espalda contra el respaldo y se relajó un poco.

El autobús volvió a descender. Al cabo de pocos minutos, surgieron grandes edificios llenos de columnas. El autobús volvió a parar.

—Pueden bajar los que vayan al barrio G.

Pedro bajó del autobús junto a otros pasajeros.

16

Otro hombre uniformado esperaba a los pasajeros que se bajaban del autobús.

—Les acompañaré a sus apartamentos. Antes les daré cierta cantidad de dinero a cada uno. Hagan una fila, por favor.

Pedro se unió a ella. Cuando le llegó el turno, recibió un paquete de pequeñas cartulinas. Pedro observó detenidamente una de ellas. Contenía un extraño dibujo incompleto. “¡Ey! ¡Éste es Kakakulo!” El dibujo mostraba una imagen parcial de Kakakulo abriendo las tripas de Pedopís. Pedro dio la vuelta a la cartulina. Estaba escrito el número 76. Luego miró las demás cartulinas. Todas eran iguales.

—Cada billete vale 1 KP, la moneda oficial de la República del Hogar. En total, cada uno de ustedes tiene 25 KP.

“Genial. Veinticinco cromos de Kakakulo y Pedopís”, pensó Pedró.

Se le acercó otro individuo que acababa de recibir su paquete. Miró a Pedro, y entre risas dijo:

—¡Qué mala suerte! ¡Todos repe! ¿Cambiamos...?

Pedro se le quedó mirando con gesto serio. Luego, súbitamente, rompió a carcajadas.

La risa se prolongó por largo tiempo. Cuando por fin paró, tenía los ojos llorosos. Se secó las lágrimas con el brazo y miró al cielo mientras apretaba los dientes. “Todo es una mierda”, pensaba. Sintió una punzada de dolor en el cuello, y volvió a mirar hacia delante. Su mirada estaba perdida.

El individuo que se había dirigido a Pedro se distanció de él con cierto miedo.

—Mañana comenzarán sus estudios de reeducación. Ahora, acompáñenme a sus apartamentos – intervino el hombre.

Abrió un portal y entró. El grupo le siguió por el interior del edificio. Algunos se llevaban la mano al cuello con gesto dolorido. “Pero a ninguno se os estaban clavando estacas en el asiento del autobús. Hijos de puta...”, pensó Pedro con rabia. Al llegar a cada puerta, el hombre daba una llave a alguno de los individuos, el cual abría la puerta y entraba con gesto de resignación.

Al cabo de cierto rato, le tocó el turno a Pedro. Tras introducirse en su apartamento, se apresuró a cerrar la puerta con llave. Se sentía feliz de estar solo.

La sala le recordaba a una habitación de hotel en la que estuvo una vez con su madre por vacaciones. Había una cama, una mesa y una tele sobre ella. “¿Una tele? Eso vino mucho después del cine mudo, ¿no?” También había una puerta hacia el servicio. Entró. Tenía sed, y tomó un vaso sobre el lavabo para llenárselo de agua. “Espero que al menos sepan hacer agua.” Antes de accionar el grifo, miró el vaso con detenimiento. Tenía manchas de grasa y ¿sangre? Lo dejó con asco donde lo encontró. Echó de menos una bolsa de AhorraPlus. “Incluso cuando se me olvidaba sacar el ticket de compra de la bolsa y nos lo encontrábamos después flotando, era menos asqueroso que esto”, pensó. Bebió a morro del grifo. “Este agua sabe a culo”, reflexionó mientras saboreaba. Pero era lo mejor que había.

Miró con detenimiento un espejo que había sobre el lavabo. Observó que la imagen de sí mismo sobre el espejo parecía estar inmóvil. “Un momento, esto no es un espejo...” Tocó con los dedos la superficie del objeto. “¡Esto es una foto mía...!” Se enfureció. “Muy, muy gracioso... Vaya recibimiento.”

Decidió ducharse. Tras desvestirse, entró

en la ducha y accionó el grifo. El agua estaba congelada. Modificó los controles, pero no ocurría nada. “¡Mierda!” Se dio cuenta de que no tenía a quién quejarse. Y tampoco le apetecía salir de la habitación. Ya que estaba en la ducha, decidió ducharse de todas formas. “¡Uaaaa! ¡Jooder que frrrííaaa!” Tras dos insufribles minutos de aullidos, salió de la ducha y se secó con una toalla. Desde el baño, una ventana apuntaba a un patio interior. La abrió. Salía vapor de las demás ventanas. “Los demás hijos de puta tienen agua caliente en sus duchas. Una vez más, soy el único gilipollas.” Su pulso empezó a acelerarse mientras su ira aumentaba. “¿Todos iguales? ¡Una mierda! Soy el único imbécil al que le ocurren estas putadas. ¡Joder, por qué yo?” Pedro razonó que a alguien le tenía que tocar la columna en el cine, el asiento roto en el autobús y la ducha sin agua caliente en la habitación. Pero, ¿cuántas casualidades tenían que darse para que le ocurrieran todas esas cosas a él?

Su odio hacia todos los demás individuos de ese inmundo planeta crecía por momentos. Volvió a la habitación. Miró la cama con más detenimiento. “Colcha de Anikilator, cómo no.” Se estaba hartando de tanta chorrada hecha a medida. “A los demás subnormales les encantará, claro.”

“Tengo que relajarme.” Encendió la televisión. Se trataba de un gran armatoste. Al salir la imagen, Pedro comprobó que era en blanco y negro. “Bueno, algo es algo”, pensó.

Parecía que estaban emitiendo una serie.

“¡Rocío! ¡Yo te salvaré!”, gritaba el héroe. Era Pedro, claro.

“¡Socooooorro!”, gritaba una voz afeminada. Bueno, más bien era una voz de hombre imitando una voz de chica, y bastante mal. Pedro se fijó en el personaje. “Soy yo mismo con peluca y tetas postizas. Qué cosa más cutre y lamentable”, pensó.

“¡Jajaja! ¡No escaparás!”, gritaba el villano desde su moto mientras agarraba al personaje de Rocío. “Ese también soy yo”, reflexionó Pedro. “Menuda mierda...”

“¡Pedro! ¡Yo te ayudaré!”, gritaba un nuevo personaje que apareció en escena. Estaba metido dentro de un grotesco disfraz, con una inmensa cabezota azul y dos ojos

saltones. “Un momento... ¡Ése es Kakakulo! ¡Joder! ¡Esto es patético!” Se levantó de la cama y apagó el televisor de un manotazo.

“Menudo mundo de lamentables payasos.” Sentía una profunda ira. Apagó la luz, se tumbó en la cama y cerró los ojos. Hacía ya bastante rato que era de noche y estaba agotado. Trató de relajarse, pero sintió que no podía. Entonces se dio cuenta de que una fuerte luz golpeaba sus párpados cerrados a intervalos irregulares. Incómodo, abrió los ojos y se levantó de la cama para averiguar de dónde procedía aquella luminosidad. Abrió la ventana de su habitación y asomó la cabeza. Entonces comprobó con bastante enfado que, justo al lado de su ventana, colgaba de la fachada de su edificio un inmenso letrero luminoso que leía ‘Apartamentos Anikilator’. El letrero no era intermitente a propósito, sino que parecía estar estropeado y emitía un desagradable zumbido metálico. “¿También esto me ha tocado a mí?”, se preguntó irritado. Pedro pegó un fuerte puñetazo contra la pared. Mientras se pasaba la otra mano sobre sus nudillos doloridos, volvió a tumbarse. “Vaya mierda. ¡Vaya mierda!”, pensó iracundo. Cerró los ojos y giró su cuerpo en dirección contraria a la ventana.

Al cabo de unos minutos, oyó un gran golpe procedente de la calle. Había sonado como algo blando estampándose contra una superficie dura.

Sobresaltado, se levantó y volvió a mirar por la ventana. En el suelo de la calle yacía un individuo. Otras cabezas salieron por las ventanas.

—¡Ha saltado por la ventana! —gritó una voz.

—¡Aaaah! ¡Se ha suicidado! —le siguió otra.

Otras voces de lamentos le acompañaron.

Sin embargo, Pedro se dio cuenta de que se alegraba. “Un payaso menos.” Al principio se asustó por sentir eso. Luego meneó la cabeza. “Bah, no son yo. Son seres patéticos y lamentables. Y si mueren, mejor.”

Pedro volvió a tumbarse con una sonrisa en sus labios. Oyó cómo un vehículo con sirena llegaba con gran rapidez, y cómo sus vecinos relataban nerviosos y acalorados la escena a sus ocupantes. Las voces de los

recién llegados del vehículo, sin embargo, no mostraban signos de sorpresa. Oyó cómo montaban el cuerpo dentro del vehículo y arrancaban. Al cabo de un rato, las voces temblorosas de los vecinos comenzaron a apagarse. Volvió a hacerse el silencio.

Un rato después, se oyó otro gran golpe. Esta vez Pedro no se levantó.

—¡Otro! ¡Ha saltado otro! —dijo alguien.

—¡Oh! ¡Nooo!

—¡No lo hagáis, hermanos! ¡Es duro, pero debemos resistir! —intervino otro vecino.

Pedro volvió a esbozar una sonrisa. Tras unos momentos de confusión, la escena del vehículo se repitió. Y otro rato más tarde los ruidos de los vecinos fueron apagándose de nuevo. Ya había entrado la noche. Pedro decidió dormirse.

Cuando Pedro estaba a punto de dormirse, se oyó otro golpe más. Se repitieron las voces de horror, miedo y aliento mutuo. Esta vez Pedro sintió que tenía que intervenir.

Sacó su cabeza por la ventana, y con una gran sonrisa comenzó a aplaudir.

Los demás vecinos callaron y le miraron con gesto incrédulo.

—¡Bravo! ¡Un imbécil menos! —gritó Pedro socarronamente, mientras no dejaba de aplaudir.

—¡Cómo puedes decir eso! —le respondió una cabeza asomada con gesto de indignación y asco.

—Está loco... —murmuró otra cabeza más lejana en voz baja.

—¡Bravo! —repitió Pedro. Después dejó de aplaudir y volvió a meter la cabeza en la habitación. Las voces de indignación continuaban.

“Ya podrían tirarse todos... Así me dejarían dormir.”

Durante un rato pensó en los suicidios. Se dio cuenta de que él no quería suicidarse.

“Odio demasiado a estos anormales como para dejarles solos. Me necesitan”, pensó mientras sonreía y apretaba el puño derecho con fuerza.

Pedro recordó que al día siguiente

comenzaría sus “estudios de reeducación”. Sería otra soplapollez. Tenía que dormirse.

Puede leerse la obra completa en
<http://npcompleto.wordpress.com>